

El Gran Cazador

Amarie P. King



Capítulo 1

Tras días de intensa lluvia, finalmente había cesado el horror. Los primeros días fue recibida por la ciudad con júbilo y esperanza. Una esperanza que se tornó gris como las nubes que había traído consigo. Cuando llegó el ansiado final, todos la odiaban. Las riadas habían asolado la ciudad al igual que las risas de los que paseaban bajo su manto en los primeros días. “La lava verde-gris” así fue bautizada la nueva esperanza por los ilusos ciudadanos. Los destrozos se contaban por miles y, los muertos, bueno solo había muerto uno; y nada tenía que ver con “la lava verde-gris.”

Los destellos de las sirenas de la ambulancia y los coches policiales, se reflejaban en los oscuros charcos y en las pequeñas gotas cristalinas que se precipitaban al vacío desde los balcones y los canalones de los tejados. El sol volvió a aparecer sobre los altos edificios y los pequeños tejados de pizarra, después de días cobijado tras las densas nubes negras cubiertas por ríos violáceos.

Lucrecia caminaba con paso lento por aquel oscuro lugar rodeado de muerte, basura, y un terrible olor que calaba más que la humedad. Aquel caso sería el primero como forense de la ciudad y de su carrera. Estaba nerviosa, con los pies temblorosos por lo que podía encontrarse. De todos los cuerpos que vio en la universidad durante la época de estudiante, el único que la había hecho vomitar, fue un cadáver que habían sacado de un río. Estaba hinchado. Nunca habría creído que un cuerpo pudiera hincharse tanto. Oía mal, pero cuando el profesor lo abrió en canal...el infierno se desató sobre la clase. Ella no fue ni mucho menos la única en vomitar hasta la primera papilla. Necesitó varios días y muchos medicamentos para las náuseas, para poder volver a entrar en el aula.

Siguió caminando. Tenía unas ganas horribles de taparse la boca y la nariz para no tener que respirar ese nauseabundo olor. Pero no lo hizo. ¿Qué pensarían de ella? Nada bueno. Sus pasos la llevaron hasta un gran contenedor verde, marcado por el barro y los restos de hojarasca que se habían pegada a él. El cadáver chamuscado yacía tumbado sobre un mar de agua roja. Soltó un suspiro de alivio. Hoy no vomitaría el café con leche y las dos tostadas de mermelada de frambuesa de la cafetería de la esquina. Sería todo un alivio para ella, y para el resto.

—Buenos días —el olor a quemado le resultaba muy familiar. Tanto que quiso olvidarlo de inmediato. No está bien pensar en aquello. Después de todo era una persona. —Soy la nueva forense.

Konrad la observó desde el suelo. Estaba de cuclillas, observando el cuerpo. Vio algo en la cabeza que despertó en él una rara curiosidad que

casi no dejaba que nadie viese.

—Quien ibas a ser sino —se levantó con las piernas entumecidas, llevaba demasiado tiempo en esa postura, y con una mirada despectiva hacia la nueva forense. Le gustaba la anterior. Entendía cada palabra que pronunciaba. —Llevas ese maletín. Todos lo lleváis. Se os puede distinguir y oler a kilómetros.

<<¿Cómo iba a trabajar entonces?>> Pensó desconcertada. Era una joven de veintiséis años. Alta, con el pelo rojo, ojos marrones y nariz afilada. Tardó unos años de más en sacarse la carrera de forense. Echaba la culpa a todo y todos por ello, salvo a ella. Cuando algo no le salía bien, a pesar de no haberle dedicado las suficientes horas y esfuerzo, siempre encontraba algún culpable. Se había convertido en un don.

—Venga, dime de que ha muerto —se echó hacia atrás para no molestarla. —Me estoy muriendo de frío aquí fuera. Mira que morir en un día como hoy.

<<Como si tuviese elección>>

—Necesito tiempo para eso.

<<El frío aquí no es lo peor —se agachó y abrió el maletín—. ¿Acaso no huele ese olor a mierda y muerte?>> No, no podía olerlo. Ni oler ese inmundado aroma que flotaba a su alrededor, ni cualquier otra cosa que se pusiese delante de las narices; y todo porque era adicto a unas gotas para la alergia. Parecía una tontería, y hacia lo creía. Y la prueba de que no lo era, residía en el bolsillo delantero, en la guantera del coche, en la mesita de noche, en el cuarto de baño y en la cocina. Aquellas refrescantes gotas que se disparaba contra la nariz, se habían convertido en una tontería que frecuentaba más que cualquier otra cosa en la vida.

—¿Se sabe ya quién es? —preguntó Lucrecia a la vez que sacaba un par de guantes negros. No quería verse las manos manchadas de sangre y cenizas. En realidad, sangre no había mucha.

—Aún no —respondió con un leve temblor en la mano—. No hemos querido tocar nada —se miró los dedos. —Con este será difícil. Tiene la ropa quemada. Si llevaba encima la cartera...

—Hay otras formas de identificarlo —sostenía entre las manos un bastoncito enfundado en un bote de plástico.

—Ya sé que hay otras formas —dijo. El temblor era más fuerte. Ya sabía lo que significaba. —Llevo en esto mucho más tiempo que tú; y seguiré si no

haces bien tu trabajo.

<<No lo creo>> Restregó el bastoncito por la boca y lo guardó en el maletín de cuero barato y metal reluciente que imitaba el oro.

—No tardes.

<<Vaya detective— pensó mientras fijaba la mirada bajo el contenedor de basura. Podía sentir el afrutado alimento del detective contra la nuca—. ¿Cómo no ha podido ver eso? Tiene que estar ciego>> Apoyó la mano izquierda contra la esquina del contenedor y se agachó sin que la rodilla llegase a tocar el suelo. Esos pantalones eran nuevos, y muy caros. Los estropearía nada más tocar lo que fuese que hubiese en el suelo.

Rebuscó entre la basura a tientas, con la mirada clavada en un viejo cartel de un antiguo concierto de rock. Tocó un papel pastoso de una hamburguesa. Podía sentir tanto a través de los guantes... Un trozo de madera mohosa y, lo que estaba buscando, la cartera de víctima, o al menos eso esperaba. La sacó, cogida con dos dedos. Aquello, le recordó a las películas de nobles tomando el té, cogiendo las delicadas tazas con dos dedos. Como si fuesen a romperse. El agua goteaba por la piel cuarteada y descolorida por el paso del tiempo y el uso. Dio gracias por no tener que seguir tocando más.

Abrió el broche de cuero con sumo cuidado. Ahora era ella la que temía romperla. <<Me he convertido en una noble que abre carteras en vez de tomar el té.>>

El detective la miraba con ojos inquietos, manos temblorosas y respiración entre cortada. Podía sentir como le faltaba el aire. Ese mismo aire frío que le helaba la garganta, los pulmones y las entrañas. No pudo contenerse más. Su mano se lanzó desesperada contra el bolsillo delantero de la chaqueta. Sacó el bote de etiqueta naranja y letras blancas que tanto deseaba. Quitó el tapón con la misma torpeza de un niño que aún no tiene fuerza para sostener un chupete. Introdujo aquella boquilla manchada de mucosidad. Apretó el gatillo y soltó un suspiro de alivio cuando el gas recorrió toda la cavidad nasal y sus fosas se abrieron como la compuerta de una presa.

—¿Qué es eso? —preguntó a la vez que guardaba el bote. El tono de la voz le cambió.

—¿Qué?

—Eso que tienes en la mano. ¿Qué es?

—Es su cartera —dijo con la brusquedad marcada en sus palabras. Estaba

consiguiendo sacarla de quicio.

—¿Y dónde estaba? —sorbió por la nariz. Ya se encontraba mucho mejor. Hasta dentro de un rato. Volvería al principio demasiado rápido. —La ropa esta quemada.

—Estaba debajo de ese contenedor de ahí. <<La habrías visto si te hubieses molestado en hacer tu trabajo>>

—Bien. Sabremos quién es —se acercó a ella furtivamente. —Nuestro trabajo será más sencillo. Sin duda.

Lucrecia siguió rebuscando entre las tarjetas, los tickets y los billetes mojados hasta dar con el carnet de conducir de la víctima. Así lo esperaba. Estaba junto al cuerpo, pero también cabría la posibilidad de que no fuese suyo. Las riadas habían arrastrado un sinfín de objetos. No sería tan difícil después de todo, siempre que ese tal Jaison Bot de Gaisfil y de cuarenta años de edad no fuese el hombre que tenía delante. Tendría que hacer todas esas tediosas pruebas. Contaba con que ese caso fuese más sencillo, aunque estaba mucho de serlo. <<Ha sido un mal día para incorporarme>> que se lo dijiesen al cuerpo chamuscado que yacía delante de ella. El sí que había tenido un mal día.

—Se llama... Jai... Jaison Bot —dijo Konrad tras arrancarle el carnet de la mano. —Será imposible reconocerlo. Tendrás que sacarle un molde de los dientes y pedir su ficha médica. Busca fracturas, prótesis y todas esas cosas —le tiró el carnet. —Averigua también cual es el arma homicida. A ver si hay algo por aquí que nos sirva —buscó con la mirada.

<<Sé muy bien lo que tengo que hacer>> No le gustaba aquel hombre de traje descuidado, pelo desaliñado y ojos saltones. Eran de la misma estatura, delgado, pero musculosos.

—Ya sé cuál es el arma —miró hacia la calle. La multitud se agolpaba tras la cinta amarilla de la policía. Todos querían saber lo ocurrido, sin importarles los coches que pasaban a escasos centímetros de sus vulnerables cuerpos. —Ese contenedor de ahí es el arma —el goteo incesante del agua parecía haber estado advirtiéndoselo con cada clin... clin... clin

—¿Cómo lo sabes? —lo examinó con curiosidad en busca de lo que se le había escapado. —No veo nada salvo suciedad.

—Mira la esquina superior derecha. Hay sangre —apuntó en el blog con esa letra tan irregular. —Aún tengo que hacer algunas pruebas, pero estoy bastante segura de que recibió un golpe contra esa esquina. Lo que

tengo que averiguar es si fue esa la causa de la muerte, o el fuego.

—Averígualo cuanto...

—Detective, señorita —llamó con delicadeza un policía tras ellos. Conocía muy bien a Konrad. Y si algo había aprendido a lo largo de los años era el carácter cambiante del detective.

—¿Qué? —dijo Konrad en tono suave y cansado. La resaca y el frío lo estaban matando.

—Hay un testigo que desea hablar con ambos sobre la víctima.

Konrad se quedó un momento pensativo, observado el cuerpo.

—Bien. Veamos que tiene que decirnos. Quiero largarme de aquí cuanto antes. Tengo frío y el garaje está inundado de mierda —miró alrededor.

—Tampoco hay mucha diferencia con este callejón. Ah. Tapad el cuerpo.

<<Si, vamos. Tu garaje espera>>

Capítulo 2

Caminaron entre todo tipo de basura. Bajaron un pequeño escalón sin ningún sentido. Fueron sorprendidos por un río turbulento que se cruzó en su camino sin previo aviso. Como si ese tipo de cosas avisasen de su llegada con trompetas y tambores. No, simplemente aparecían y desaparecían a su antojo.

Se toparon con el testigo de frente. Apoyado contra una gran verja metálica. No parecía asustado, podía verse a simple vista que no eran de los que se asustaban con facilidad. Parecía muy normal. Cara redondeada, nariz ancha y labios finos. Desentonaba por el tipo de vestimenta, eso sí que era raro. Vestía un traje gris con unas botas moradas y unos guantes a juego. Pudo saber el color de su pelo por un mechón negro que se había escapado del gorro del traje. Se asemejaba mucho al de los forenses o los fumigadores. En realidad, era igual, salvo por el color.

—¿Y bien? ¿Qué tienes que decirnos? —le preguntó Konrad mientras lo observaba con incertidumbre.

—Era mi superior —respondió tras dejar que la verja soltase un crujido.

—¿Cuál era su trabajo? —preguntó el detective. Empezaba a echar de menos el aerosol naranja de letras blancas.

—No era mi superior en el trabajo —dijo con los brazos entre cursados.
—Lo era en nuestra asociación.

“Eso de ahí ya lo he visto antes”. Lucrecia se fijó en el maletín que había junto al testigo. Era casi idéntico al que había visto a pocos metros del cuerpo.

—La asociación esa de la que hablas. ¿De qué era? —preguntó Lucrecia—. El logo de tu maletín me suena mucho.

—Somos de una...

—Eso no importa —interrumpió Konrad con un atisbo de desesperación en sus labios cortados. —¿Qué hacíais aquí? Acaso no habéis escuchado los avisos. Es muy peligroso salir a la calle en época de riadas. “Estos payasos me han jodido el día”.

—Jaison era el gran cazador.

—Estáis un poco lejos de los cotos de caza —apretó los labios y arqueó

una ceja. —¿Dónde habéis dejado las armas?

<<Voy a joderlos bie>>

—No. No —sacudió las manos. —No somos cazadores. No hacemos lo que dices —se adelantó unos pasos. —Cazamos moscas para nuestra colección y la asociación que antes iba a mencionar.

—Has comentado que ese de ahí se hacía llamar el gran cazador —Konrad apuntó en la libreta. —Y dices que no cazáis. Entenderás que tenga ciertas dudas.

<<Tendría que haberlo dejado explicarse antes— pensó Lucrecia con rabia. —. Tu impaciencia se acabará volviendo en tu contra>>

—Explícate. Tengo otros asuntos que atender. La ciudad está hecha una mierda por culpa de este tiempo.

—Somos de una asociación llamada La Gran Muscidae. Jaison es... era el gran cazador. Nuestro presidente —dijo con orgullo. Se llevó las manos a los bolsillos del traje gris. Tenía frío, a pesar del agradable calor que deambulaba por el callejón. —Nos dedicamos a coleccionar moscas, como habréis podido deducir del nombre de la asociación. Las colocamos igual que las mariposas, en un tablero de corcho con alfileres. Son mucho más delicadas que las mariposas. Hay algunas extremadamente raras.

Podía estar así durante horas. Parloteando sobre moscas y más moscas.

<<Hay que joderse. Vaya panda de lunáticos hay por ahí sueltos— Konrad lo miró de arriba abajo—. Y por esto he salido de mi casa”.

De la nada surgió un brillante arco iris sobre los altos edificios grises cubiertos por el ligero humo de cientos de chimeneas cilíndricas de metal tizado.

—¿Por qué lo asesinaste? Te quito una... una mosca de las raras —trato de mofarse todo lo que pudo. Pero no sabía muy bien cómo hacerlo. Siempre era el que encajaba las mofas de los demás. Nunca se acababan. —Todas las que veo por aquí me parecen igual de asquerosas, claro que yo no soy un entendido de moscas.

—Yo no lo mate —dijo nervioso. Casi tartamudeando. —Era mi mejor amigo. Lo conocía desde —se quedó pensativo. —Desde los cinco años. Pero sí que vi su muerte —dijo exaltado.

—¿Y cómo murió? —le preguntó Konrad. Cerró la libreta con delicadeza. Coloco el lápiz en la gomilla elástica, y la guardo en el bolsillo interior de

la chaqueta.

—Se-se-se resbaló y se golpeó en la cabeza con la esquina del contenedor.

—¿Cómo se quemó? —preguntó Lucrecia. La curiosidad le estaba devorando las entrañas. ¿Sería como en una de esas películas gore que tanto le gustaban? No deseaba otra cosa más en el mundo en ese momento.

—Con la lámpara de atrapar mosquitos. Nosotros solemos cazar con esos matamoscas de ahí —señaló hacia su maleta. —Al estar electrificados las moscas no se estropean. También es bueno el insecticida, pero en lugares abiertos...

—No me interesa la forma en que cazáis moscas —interrumpió Konrad.
—Esa cosa va conectada a la corriente. Por aquí no veo ningún enchufe. No te creo.

—Enchufó el aparato, el de los mosquitos a una farola del callejón —agachó la cabeza. Pero antes se quitó el gorro del traje. Se sentía tan ridículo. —Yo le insistí para que no lo hiciera. No era una buena conexión. Era muy peligroso —dijo con una lagrima casi a punto de escapar de sus ojos enrojecidos. —Al resbalarse, la lámpara cayó sobre un charco que pisaba. Tenía agujeros en las suelas de las botas. Me lo dijo antes de venir.

Konrad lo miró pensativo. Pensó en lo ridículo que estaba con ese traje y en lo que hacía. Cazar moscas para colgarlas de un corcho.

—Te creo —dirigió la mirada hacia Lucrecia. —Llévate el cuerpo al depósito, hazle la autopsia, o no, como quieras, y entrégaselo a la familia. Este caso está cerrado.

—Pero aún queda mucho por hacer.

—No, ya hemos terminado. Ha sido un accidente —dio media vuelta.
—Que lleven al testigo a la comisaría para que firme la declaración. Yo me voy a mi casa a ordenar mi garaje. Esta lluvia me ha jodido bien.

<<La estupidez humana nunca deja de sorprenderme>> Sorbió por la nariz antes de tomar otra dosis del spray anti alergias.

FIN

Todos los derechos reservados.